

EL BALCON

Por Francisco TARIO

Dibujo de Juan SORIANO

EL MÉDICO expresó que no, que no consideraba probable que le siguiera creciendo la cabeza al niño, aunque tampoco podría asegurarlo. Sí le recomendó a la madre que lo preservara del sol en verano, de los paseos excesivamente largos y de las noches demasiado húmedas. En especial, del viento.

Se habían quedado solos en el mundo y esto les hacía sentirse inmensamente felices.

Les parecía que el mundo entero les pertenecía, que el mundo en toda su inmensidad era suyo, aunque ambos vivirían del mundo una impresión en extremo discreta. Para ellos dos el mundo era poco más que su balcón y su casa y aquella solitaria calle —la principal—, a un extremo del pueblo, y a la cual miraban todas las tardes, todos los días, quisieran o no, pero a la que raramente salían, pues ello era como evadirse del mundo, escapar de su felicidad y exponerse a perderla un buen día para siempre. Madre e hijo, a su manera, convenían en que permaneciendo en la casa protegían su dicha, defendiéndola de todos los riesgos.

No era una madre común y corriente, sino diferente a las demás, y sentía a su hijo en su alma también de un modo distinto. Es difícil explicarlo. Aquel niño le traía a la memoria los cuentos que oía de pequeña. No es que recordara en sí los cuentos, ni siquiera a qué se referían, ni quién o en qué lugar se los habían contado; mas simplemente con sentarse a su lado le parecía que volvía a escucharlos, transportándose en compañía de él a un país hermoso y triste, como sólo existe en las páginas de los libros.

Algo así debía sentir el niño, pues se quedaba muy quieto, dejando que su madre lo mirara. Y balanceaba la cabeza.

Por las tardes, ya que el sol iba cediendo, solían salir al balcón, sentándose cada cual en su silla. De un lado estaba la calle y, en sentido opuesto, el bosque. Atrás del bosque, la montaña. Por allí era justamente por donde el sol se ponía a diario. Entonces el bosque resplandecía, se podían contar los árboles uno a uno y tocarlos casi con la mano. Mas suavemente los árboles empezaban a oscurecerse más tarde, formando una sola copa oscura, y el viento comenzaba a soplar.

Aquí era cuando la madre recogía con precipitación las sillas y cerraba el balcón de golpe.

Ya comenzaba la noche y deseaba proteger la cabeza del niño. Las noches eran muy frescas y, por si fuera poco, ventosas. Aquella oscuridad y aquel viento la llenaban de zozobra, haciéndole pensar que en cualquier momento podían tomar de pronto a su hijo, envolverlo y apresararlo y llevárselo consigo. Todo esto la consternaba.

Los vecinos solían preguntarse —y alguna vez se lo preguntaron a ella— qué hacía con su hijo en el balcón durante tanta interminable tarde. Ella simplemente sonreía. Por nada del mundo lo hubiera dicho, jamás reveló la verdad, consideran-

do que si lo hiciera sería como abrir las puertas de su casa y permitir que su casa se llenara de vecinos. Toda su felicidad entonces se iría a pique, como un barco, y su hijo y ella quedarían flotando solos, en una soledad distinta, a merced de los vecinos y las olas.

Le gustaba la voz de él, en el balcón, relatándole sus sueños. Y ella se asombraba de estos sueños, no parecidos a los que ella tenía, y que le hablaban de un mundo misterioso, no hecho para nosotros, donde todas las cosas eran distintas. Sospechaba que sólo una inmensa cabeza, una cabeza poco común como la de su niño era capaz de sobrellevar tal cantidad de sueños. Que únicamente de una cabeza así podía derivarse semejante dicha. Era el pago.

Mas cuando él no tenía ya qué contar, bien porque aquella noche no había soñado o porque había contado ya todo sus sueños o repetido el mismo infinidad de veces, la mujer se acongojaba y, dejando de mirar al niño, se ponía a pensar asustadamente en su cabeza. La enorme cabeza del niño entonces sí que la sobresaltaba. Cuánto debería pesarle aquella estúpida cabeza, mirándolo como estaba ahora, recogido en su asiento y con la cabeza a cuestras.

Sólo un viejo pensamiento devolvíale su felicidad perdida; aquel pensamiento que le decía que sólo en virtud de la desmesurada cabeza le sería dado conservar siempre al hijo consigo. Sentía entonces un bienestar tembloroso, que le subía como un vino del alma, máxime si alcanzaba a descubrir algún niño que cruzaba la calle, alejándose cada vez más y sin cesar de su pobre madre. Nada la descorazonaba tanto como esos niños que crecían, corrían y reían lejos de sus madres. Como esos niños de menudas cabezas que lanzaban piedras al agua y se pasaban la vida



en la escuela. Todos los días. Todos los años. Era inaudito.

En su casa, en cambio, la vida era diferente, prodigiosa. No tenía sino que alargar la mano y allí estaba siempre el niño, esperándola. Tampoco él pensaba en salir; no lo apetecía. En alguna ocasión lo había intentado —hasta la confitería— y había vuelto confuso y triste, rendido de transportar consigo su cabeza, clavada como una estaca entre los hombros. Unos niños le gritaban o pretendían acorralarlo y otros le hacían señas desde sus ventanas, levantando los visillos. No le complacían estos paseos y rara vez, tras de verificarlos, lograba conciliar el sueño. Eran noches terribles. La cabeza le pesaba, le pesaba y no había forma de que lograra acomodarla sobre la almohada.

Bien que se lo decía ella: si su felicidad estaba allí —en el balcón, en su cuarto, en el pequeño patio de la casa, donde él tantas veces se quedaba dormido. Entonces ella se ponía en puntas y por la ventana de la cocina se le quedaba mirando. No se cansaría de mirarlo. Daba gracias a Dios, y lo miraba y lo remiraba, agradeciendo a Dios el raro privilegio que le había sido otorgado, y sonriéndole y sintiendo que Dios también le sonreía y que algunas tardes, no todas, Dios descendía hasta su balcón y se sentaba entre ellos. Pensaba que entre su hijo y Dios, y entre su hijo y ella, mediaba como un acuerdo expreso del cual no convenía poner al tanto a los vecinos.

Tal vez su sonrisa fuera insulsa, pero constante y muy misteriosa. Y el niño sonreía también, aunque con menos frecuencia.

Cuando miraba tras los cristales, ya que su madre había cerrado el balcón, y cruzaban el aire infinidad de pájaros veloces, él dejaba de sonreír y experimentaba cómo aquella celeridad de los pájaros invadía todo el cuerpo, salvo la cabeza. Es de suponer que le hubiera gustado seguirlos, viajar con ellos, volar y elevarse como un globo cautivo. Ser la irrisión de todos e incluso abandonar a su madre. Mas pronto se arrepentía de todo eso, rompía débilmente a llorar y, balanceando su cabeza, que a aquella hora de la tarde siempre empezaba a dolerle, iba en busca de su madre. Hacía que su madre se sentara con él y le explicara ciertas cosas. Volvía entonces su felicidad y pestañeaba inquietamente. Lo que le explicaba su madre era que esa y no otra, era la felicidad. Que no existía más felicidad que aquella.

Pero una tarde ocurrió lo previsto.

Ya el reloj daba las seis y el niño no aparecía. Más tarde sonaron las siete y el reloj permaneció en silencio. Se hizo, en fin, de noche. Una noche por demás ventosa y el reloj continuó sonando. Muy pronto serían las diez. Ya estaba allí la medianoche. Nada se oía en el pueblo, nada parecía existir en la espantosa noche, a excepción de una campana que rompió a doblar de pronto, a tan intempestiva hora. Y ella supo que era su hijo —porque ¿quién más podría ser?— quien hacía sonar la campana de ese modo. Siempre había mostrado una extraña ansiedad incomprendible por hacer sonar una campana. Y cuando la campana llamó, la mujer sintió que se moría de pena. “¿Hacia dónde habrá escapado el niño ahora?” —se preguntaba. También ella se lo imaginó volando, pequeño y enorme como un globo, manoteando a tientas en el aire,



perdido. Lo presentía ahora sobre el pueblo. Aquí o allá, pero sobre el pueblo, a merced del aire y a oscuras. Aquella inícuca oscuridad del cielo la cegaba. No la dejaba mirar, buscarlo.

Ya iba camino del bosque, sin saberlo, revolviendo con los pies las hojas, levantando torbellinos de hojas, asustando de paso a los pájaros. Sin saberlo, iba ya formando parte de aquella presurosa noche que le encogía el ánimo. ¿Qué tiempo llevaría el niño caminando, llamándola sin cesar por entre los árboles, tropezándose y enredándose en las ramas, tratando de volver a casa? Echó cuentas del tiempo: qué mortal consancio. Aunque pudiera ser que el niño durmiera. Para aquella horas siempre estaba dormido. Entonces recordó un sueño, la primera noche que llamó al doctor. El niño, en su sueño, dormía, mas en tanto su cabeza crecía, crecía y estallaba de improviso. Simultáneamente el cuarto se llenaba de mariposas. Mas el doctor había dicho que ni aun en sueños ocurren semejantes cosas y que hacía mal en imaginárselo de esa manera.

Ya estaba haciéndose de día, una esplendorosa mañana, y el bosque iba quedando atrás, cubierto de hojas. De no haber llevado tamaña prisa le habría agradado detenerse y escuchar durante un buen rato el raro rumor de las hojas. Quizás, a pesar de todo, se sentara. ¿Hacia mal en escucharlo? ¿Qué mal podría haber en que una mujer, a quien su hijo se le ha perdido, se siente un momento en el bosque y se ponga a escuchar esa música? ¿Qué otra música mejor y más suave que la de esas limpias hojas que nacen y mueren en el árbol y que después caen y vuelven a vivir de nuevo, tan pronto empieza a soplar un poco de viento? Se sentaría allí, desde luego, aunque después siguiera buscando a su hijo.

Pensaba ahora en el balcón. Y en cuando era joven. No recordaba, por cierto, haber sido niña alguna vez. Aquel día en que se casó todo el firmamento estaba azul y su balcón cubierto de flores. Tenía presente su rostro como si se mirara a un espejo. Cuán lejos se hallaba aquel día de imaginar que su marido moriría tan pronto. La última vez de todas lo vio vestido de soldado. Adiós, adiós, le decía. De soldado su marido. ¿Y para qué? Se echó a reír, sin quererlo. Mas tanto y tanto pensaba, tal era el ruido de sus pensamientos que había dejado de prestar atención al raro ruido de las hojas. La vida le pareció extraña, hermosa, triste y larga como un monótono sueño. Sintió ganas de llorar y después de reír alocadamente y por fin, de cubrirse todo el cuerpo con aquellas hojas.

Le pareció como que se dormía, pero por una eternidad de años.

“Debo seguir —admitió—. He de regresar a casa cuanto antes”. Y luego: “No me dejaré embaucar; no debo. Es probable que él me espere, pues va siendo hora del desayuno”.

Y así lo hizo, sacudiendo de sus faldas hasta la última hoja. Allá iba.

Y he aquí que cuando llegó a su casa, ya muy entrada la mañana, se encontró con que su hijo sí estaba allí, como suponía. Acababa de levantarse y los dos rom-

pieron a llorar. La mayor parte del día lloraron, sin saber aproximadamente por qué. Recorrían la casa llorando. Visitaron toda la casa y el patio, sin dejar ni un instante de llorar. Todo a la vez los conmovía y todo los inundaba de gozo. Todo era leve y claro y nuevo para ellos, como en una clara dicha.

Por la tarde, alrededor de las tres, abrieron de par en par el balcón y se sentaron en él, como de costumbre. Era el último día del verano y se podían contar uno a uno los árboles en el bosque. Preguntó ella:

—Dime, ¿soñaste algo?

Pero eran ya perfectamente invisibles, y la casa entera, desde hacía muchos años, permanecía cerrada, incluyendo el balcón. Ningún vecino en el pueblo recordaba ya quién habría podido habitar en otro tiempo la casa.

TOYNBEE, AMERICO CASTRO Y EL MUNDO HISPANICO

(Viene de la pág. 2)

matizada, y le interesa diferenciar a los pueblos occidentales entre sí).

“Parto de la creencia —afirma— de haber realizado el pueblo hispano obras de alto valor, en enlace casi siempre con situaciones muy apretadas y desapacibles.” Esas situaciones quedan ya definidas en *España en su historia*, y los estudios subsiguientes no han modificado en esencia la trayectoria de Castro. “Un pueblo mantiene sus preferidas (y por tanto posibles) maneras de actividad valiosa, mientras le dura el ímpetu vital, o hasta que es modificado interiormente por otras gentes que vengan a mezclarse con él, o es aniquilado por algún cataclismo. Las invasiones germánicas acabaron por modificar la vividura [es decir, el modo como los hombres viven dentro de la morada de la vida y reaccionan frente a su horizonte vital] del pueblo romano; los franconormandos cambiaron la estructura de los británicos; gentes del Norte de la Península Ibérica, entrelazadas con la acción secular de moros y judíos, forjaron la especial disposición de vida de los españoles.” España nace como drama, como conflicto, en las vicencias de esas gentes del Norte en contacto agobiador con otros grupos —moros, judíos— más poderosos, ricos, hábiles o pacientes que ellos, frente a los que había que imponerse por un esfuerzo de cordial y apasionada autoafirmación. El mito de Santiago, hermano de Jesucristo, ayuda a los primitivos españoles a sobreponerse a sus terrores. Sólo una constante vigilancia —que no excluye la insidiosa asimilación de elementos, materiales y actitudes de moros y judíos en la estructura del idioma español y en la vida íntima de los españoles, permite a los hombres del Norte sobrevivir y, finalmente, imponerse, habiendo sido previamente moldeados por el conflicto interior que su convivencia con árabes y judíos les imponía. La situación de crisis permanente que Castro ve en la formación de los españoles en la Edad Media impone, claro está, ciertas limitaciones. Hay que renunciar, de momento, y quizá en algún caso en forma

definitiva, a los “lujos”: poesía lírica, confort, actitudes racionalistas. Todo ello llegará a España más tarde que a otros países. El racionalismo, sobre todo, supone cierta objetivización de que el español, sumido en sus conflictos íntimos, se siente incapaz. A nadie se le puede exigir que piense con claridad sobre problemas externos mientras se siente agobiado por hondas crisis interiores. En lo que el racionalismo tenía de elemento perturbador del orden religioso y teológico, era también grave amenaza para la conciencia española, que se había impuesto frente a la superior cultura árabe ayudada en gran parte por la creencia en la superioridad de sus valores religiosos.

Naturalmente habría que distinguir aquí por una parte la aplicación de las teorías históricas de Castro a la historia de España, y por otra el cuerpo teórico mismo. La interpretación que da Castro a la historia de España ha sido criticada en algún punto concreto por varios especialistas, rechazada en su totalidad por otros. Parece más útil en su carácter de hipótesis de formación del pueblo español que para explicar las sucesivas vicisitudes de este pueblo en siglos posteriores, tales como el XVIII y el XIX, en que los factores racionalistas y *européizantes* pesan más. Jean Sarrailh, en *L'Espagne éclairée dans la 2^a moitié du XVIII^e siècle*, muestra cuán intensa es la corriente racionalista en España en aquella época; Campomanes hace de Hobbes (más que el del *Leviatán*, el Hobbes del *De Cive*) la clave del pensamiento político español de ciertos grupos. Vicente Llorens ha analizado sociológicamente con gran finura las posibilidades de adaptación y desarrollo de ciertas ideas dieciochescas en los grupos de españoles desterrados en Inglaterra en la época romántica. El libro de Bataillon sobre Erasmo indica un poderoso influjo “moderado” en la España renacentista. Toda interpretación “liberal” o “progresista” de la historia de España subraya la presencia de valores racionalistas en España. Finalmente, la obra de Menéndez Pelayo sobre la ciencia es-